



Revista del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá

ISSN: 1514-9838

asociacionsarda@yahoo.com.ar

Hospital Materno Infantil Ramón Sardá
Argentina

Ceriani Cernadas, José M.

Mis recuerdos de los primeros años del servicio de neonatología

Revista del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá, vol. 23, núm. 4, 2004, pp. 148-149

Hospital Materno Infantil Ramón Sardá

Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=91223402>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MIS RECUERDOS DE LOS PRIMEROS AÑOS DEL SERVICIO DE NEONATOLOGÍA

Dr. José M. Ceriani Cernadas

Jefe, Departamento de Pediatría, Hospital Italiano, Buenos Aires

Una situación totalmente inesperada fue la que me dio la oportunidad de compartir, desde el primer día, el inicio del Servicio de Neonatología de Sardá.

En abril de 1968, estaba finalizando mi primer año de residencia en el Hospital Gutiérrez y era el momento en que se definían las rotaciones del segundo año. El sistema consistía en un sorteo, mediante el antiguo método de extraer tres papeles de una bolsa, y la circunstancia fortuita a que me refiero quiso fue que el primero de los papeles que saqué, que por lo tanto sería la primera rotación, decía: Sardá.

Pregunté qué era ese lugar, ya que no correspondía a ninguna sala del Hospital, y uno de los jefes de residentes me explicó que era un Servicio de Neonatología en una Maternidad, que aún no se había creado, pero que estaría funcionando pronto.

Realmente no estuve contento con lo que me había tocado, y menos que me dijeran que era un lugar que todavía no estaba en funcionamiento. Sin embargo, la incertidumbre sobre su apertura alimentaba en mi interior la esperanza que no se inaugurase en esos próximos meses, así podía permanecer en el Niños. Pero eso no ocurrió.

Unos 20 días después, a mediados de mayo, una tarde nos comunican que al día siguiente debemos presentarnos a las 8 horas en la Maternidad Sardá, en el barrio de Parque Patricios. Allí estuvimos con mis compañeros de segundo año, los Dres. Brodsky y Godoy y los residentes de primer año de Sardá. Recuerdo con gran nitidez esa imagen de subir las escaleras que dan sobre la calle Luca, detrás del Dr. Alfredo Larguía y los médicos que lo acompañaban. Había en todo el grupo una atmósfera de inquietud y expectativa porque sabíamos que la creación del Servicio de Neonatología había provocado múltiples polémicas y rechazos de la Asociación Médica de Sardá, y solo se concretó por una decisión firme de la Secretaría de Salud de la Municipalidad, dirigida por el Dr. García Díaz, gran artífice de ese proyecto.

Ahí comenzó la historia, al principio con muchas dificultades, de una escuela que dejaría una impronta indeleble en la Neonatología, una disciplina nueva, no sólo en la Argentina, sino en el resto del mundo (valga como ejemplo, que la primera terapia intensiva neonatal moderna fue creada sólo dos años antes, en 1966 en Yale, EE.UU.).

La adaptación nuestra no fue fácil, ya que el medio era hostil y realmente no sabíamos nada acerca del cuidado de los recién nacidos. En los primeros meses no había médicos internos, por lo cual el "responsable de guardia" éramos los residentes de segundo año, acompañados por el de primer año, es decir un dúo de inexpertos

absolutos. No es difícil imaginarse el pánico que teníamos después que se iban los médicos de planta y los residentes superiores. De estos últimos no piensen que eran muchos (como estábamos acostumbrados en el Niños con camadas de 30 residentes por año), no, eran solo dos, el siempre recordado y muy querido José Nicolini, como jefe de residentes y Jorge Martínez (en aquella época "el gordo Martínez") como R3. A partir de las cinco de la tarde, literalmente "se venía la noche" y debíamos arreglarnos de la mejor manera.

Sin embargo, de esas largas y muy estresantes guardias rescato en la memoria el haber aprendido mucho, y en especial, la notable actitud del Dr. Alfredo Larguía, nuestro mentor y maestro, que en muchas ocasiones venía luego de terminar su consultorio, más allá de las 8 de la noche, con el solo fin de acompañarnos y ver como andaban las cosas. Su presencia era para nosotros un bálsamo, que nos daba ánimo y fuerza para enfrentar el resto de la guardia. Asimismo, recuerdo las sistemáticas llamadas telefónicas de Miguel y su permanente apoyo; varias madrugadas lo llamábamos nosotros para consultarle y eso también nos daba mayor tranquilidad.

Los cuatro meses de la rotación pasaron vertiginosamente y cuando volví al Gutiérrez ya no era el mismo. Había participado con un grupo excepcional en una experiencia inigualable, que con gran esfuerzo, tenacidad y ganas de aprender estaba dando sus primeros pasos.

Todo esto forjó mi vocación por la Neonatología y es así que un año más tarde, ya como residente de tercer año, solicité una rotación de seis meses por Sardá, en lo que sería el comienzo de mi permanencia por muchos años. Encontré un Servicio mucho más organizado y con una notable actividad académica, aunque con el mismo compañerismo y dedicación de todos sus integrantes. Los jóvenes médicos de planta (Miguel, Nicolini, Buscaglia, Stoliar, O'Donnell) trabajaban intensamente, mucho más allá del horario matutino que tenían por contrato, y ese ejemplo era vital para los residentes y enfermeras, conformando un grupo muy unido y con un alto rendimiento.

Al finalizar la residencia tuve la enorme fortuna de integrar ese grupo y participar con ellos de esa maravillosa experiencia de contribuir al comienzo de la Neonatología moderna en nuestro país. La producción de Sardá fue increíble y en el corto tiempo de seis años, de 1970 a 1976 se escribieron cinco libros y se sentaron las bases de una filosofía médica y de una escuela que aun perdura en plenitud.

Tendría para contar múltiples anécdotas de todos esos años, tanto tristes como felices, algunas de un

humor desopilante, pero debo atenerme al espacio que gentilmente me dieron.

Antes de finalizar quiero expresar un homenaje a dos personas, que ya no están con nosotros pero que en mis recuerdos continúan siempre presentes.

Uno, el ya mencionado Dr. Alfredo Larguía, un ser humano excepcional que para mí fue un verdadero padre, ya que no solo me brindó oportunidades y me estimuló permanentemente sino que supo aconsejarme en los momentos más necesarios.

El otro fue Francisco Capizzano, compañero de residencia en el Gutiérrez y que luego nos incorporamos juntos al "staff" de Sardá. Con Cacho fuimos inseparables en esos difíciles primeros años y formábamos un fuerte dúo de trabajo. Cuando en 1972 él decide radicarse en

Mar del Plata sentí un enorme vacío y me costó mucho adaptarme a su ausencia, aun cuando no mermó la amistad que perduró siempre, hasta su fallecimiento hace cuatro años.

Sólo me resta decir que estuve en Sardá hasta 1977, momento que en otra vuelta, la vida me llevó al Hospital Italiano. La decisión no fue nada fácil, ya que dejaba atrás esos años "dorados" de mi carrera médica. Sin embargo, siempre tuve en claro que esa también era una forma de expandir la Escuela que tanto me había dado.

Creo haber cumplido humildemente con esa premisa y, al menos, tengo la tranquilidad de considerarme un discípulo agradecido, ya que en todo momento tengo presente lo mucho que Sardá significó para mí. •



Los esposos Sardá.



Busto que recuerda a Ramón Sardá.



Busto que recuerda a la Sra. Marulli de Sardá.